



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-02-2021

«Aquella noche el Señor se apareció allí en sueños a Salomón y le dijo: «Pídeme lo que deseas que te dé». Salomón respondió: “Concede, pues, a tu siervo, un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal”. Agradó al Señor esta súplica de Salomón. Entonces le dijo Dios: «Por haberme pedido esto y no una vida larga o riquezas para ti, por no haberme pedido la vida de tus enemigos sino inteligencia para atender a la justicia, yo obraré según tu palabra: te concedo, pues, un corazón sabio e inteligente» (Cfr. 1 Re 3,5-12).

Un corazón atento. Tanto le pidió el rey Salomón a Dios, y Dios le concedió un corazón inteligente y sabio, para poder discernir conforme al juicio y obrar con justicia.

Salomón no pidió "riquezas y poder". Tampoco pidió "conocimiento y saber". Pidió el don de una conciencia recta, que le consintiera buscar la verdad y le permitiera emitir juicios equilibrados y justos.

¡Quizás nosotros también quedemos sorprendidos y asombrados por la petición de Salomón! ¿Quién no pediría dinero, poder, fama? Sin pensar que todo esto pasa. El dinero se gasta o puede ser robado. El poder, si no se usa sabio y justamente, fracasa. La fama dura un tiempo muy limitado. En cambio, la sabiduría y el discernimiento, para actuar con justicia, son dones incalculables y perdurables. Nos hacen personas libres, ricas, "bienaventuradas", es decir, felices. Nos permiten caminar por el camino recto, el camino del Señor.

Cuando Salomón tuvo que establecer la justicia entre dos madres que, viviendo en la misma casa, reclamaban cada una la maternidad del recién nacido vivo, acusándose mutuamente de haber dado a luz al otro ya muerto, decidió provocativamente cortar al bebé vivo en dos partes y dar la mitad a cada una de las dos madres. Una aceptó. La otra renunció, rogando que se lo entregara vivo a su rival. Entonces Salomón entendió quién era la verdadera madre: teniendo un "corazón atento", intuyó que ninguna madre, digna de ese nombre, nunca podría permitir que su hijo fuera cortado por la mitad.

En verdad, sólo Dios es "el justo". Decir "justo" es lo mismo que decir "bueno, santo, perfecto". Dios, porque es justo, es fiel a la alianza y es misericordioso en el amor hacia sus criaturas.

Por tanto, es un hombre justo el que está en sintonía con Dios, insertándose en su plan de salvación y tomándolo como modelo. La justicia es la rectitud que tiene su fuente en Dios. Así, pues, es justo aquél que responde a la vocación de "dar a cada uno lo suyo, en cuanto que es suyo". De hecho, no es suficiente "no hacer daño" al prójimo. ¡Es necesario darle lo que le pertenece!

Magdalena Aulina practicó intensamente las bienaventuranzas evangélicas de la justicia. Tenía "hambre y sed" de esto, porque el discípulo de Jesús debe aspirar continuamente a una vida en plena conformidad con la voluntad divina. Y así fue para Magdalena, que había recibido de Dios el gran don del discernimiento, del equilibrio, de la sabiduría.

Ella nunca trató de imponer su propio criterio unilateralmente, sino que tuvo en cuenta las particularidades de cada persona, a las que se dirigía con el máximo respeto. Trataba a todos por igual, y si tenía alguna preferencia era por los más débiles y necesitados de cuidados.

Magdalena siempre intentó ver y descubrir las "semillas del bien" encerradas en el corazón de cada uno. Su alto sentido de la justicia la llevó a no condenar, sino a tratar de comprender, de perdonar, de sacar siempre el bien, incluso de las incomprensiones. Con su bondad, con su equilibrio y su compasión, pudo volver al camino correcto hasta a aquéllos que parecían perdidos.

Ella, "perseguida por la justicia", vivió en paz la bienaventuranza evangélica. Acusada injustamente, continuó confiando en el Señor, a quien había entregado su vida.

Mujeres y hombres justos: ¡así debemos ser! El profeta nos advierte: «Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios» (Miqueas 6,8). El apóstol nos dice: «Dad a cada cual lo que es debido: si son impuestos, impuestos; si tributos, tributos; si temor, temor; si respeto, respeto» (Romanos 13,7).

¡Vivamos la justicia acompañándola con la misericordia! Por nuestra parte debe haber respeto por cada persona, en su sacralidad de hijo de Dios, en su dignidad de persona humana, sin detenernos a mirar el color de su piel, su posición social, su edad, su estado de salud ...

El actuar de Magdalena Aulina puede ser verdaderamente un consuelo y un ejemplo para nosotros en el ejercicio de la justicia: hacia Dios, hacia los demás, hacia nosotros mismos, hacia la creación.

En la oración, pidamos al Señor que nos ayude, para que nuestra justicia esté siempre entretejida con la fidelidad, la caridad, el perdón y la paz.

